

EL SOCIALISTA

ORGANO DEL PARTIDO OBRERO

SUSCRIPCIÓN

Provincias: trimestre, 5 ptas.—Extranjero: trimestre, 10 ptas.
Número suelto, CINCO céntimos.

REDACCION Y ADMINISTRACION

TELÉFONO 4.463 CALLE DEL PEZ, 15, 2.º dcha. APARTADO 637

ANUNCIOS

Cuarta plana, 30 cént., línea; tercera plana, noticias, 2 ptas.
Reclamos, 1,50.—Segunda plana, precios convencionales.

¿Qué fracasa aquí?

El alma humana sacrificando su hoy en ansias de un mañana mejor para las almas que vendrán? No. ¿Su obra, que es la vida dilatándose espléndida y triunfadora del dolor del mal y de la muerte? No. ¿Su ley, que es la continuidad ascendente de la creación natural en nuestro

ella, como hecho, será un formidable y doloroso latigazo que precipitará la marcha de los hechos.

Como esta guerra lacera a todos, ella mostrará a todos lo que es la guerra. Rueda grande que gira y aplasta y crea cuando el resto del mecanismo la pone en movimiento, no puede ser desmontada y arrinconada sin rehacer todo el mecanismo. Es inconsciencia o inconsecuencia

pre. Este aguijón es la insuficiente satisfacción de las necesidades por el régimen de las vidas nacionales, consecuencia del reparto dentro de los solaris nacionales.

Fué el trabajo en el origen complemento de la guerra en la satisfacción de las necesidades humanas. En nuestros días aparece la guerra como suplemento del trabajo. El trabajo que es esfuerzo para arrancar a la naturaleza sus secre-

ramos decir que administrativo: la organización del trabajo.

Será progreso social porque es progreso natural la acomodación de los esfuerzos productivos a su objeto: la satisfacción de las necesidades de los hombres y de los grupos.

Para eliminar la guerra y la conquista, que son esfuerzos destructores sangrientos, dolorosísimos por conservar, incre-

y creación de las formas de vida, y en el orden social y político, renovación de regimenes e instituciones?

Quando se piensa que la antropofagia fué forma de vida acaso universal y continua, no intermitente como la guerra; y que fué institución sagrada con rito religioso, siendo tal vez vestigios espiritualizados de ella las prácticas eucarísticas, no se ve imposible la destrucción de nin-

PRIMERO DE MAYO DE 1915



LA FIESTA DEL TRABAJO

cerebro, en nuestra personalidad, en la vida y en la historia? No.

Tampoco fracasan las formas progresivas de la vida, los elementos activos de la civilización: la ciencia, el arte, las conquistas del derecho y de la moral. Ni siquiera el sentimiento religioso. Impulso a la integración con la divinidad. Infinitamente menos, los anhelos y los esfuerzos por la máxima integración social y moral.

Pero no es engañosa la general sensación de que algo muy grande fracasa y se derrumba. Para júbilo del linaje humano se precipita el derrumbamiento de un pedazo inmenso de barbarie incrustado aún en las almas y en la vida como roña hereditaria. Fracasan y se derrumban las formas bárbaras de la vida: maneras de vida y de relación creadas cuando la vida era bárbara porque la adversidad exte na era cruelísima. Dentro de ellas la Humanidad lloró y rió; se esforzó y se ensangrentó; y dentro de esas formas, y a pesar de ellas, se ha desarrollado con tal exuberancia y brío, que ya no cabe en ellas.

Esta guerra es una homba que hacen estallar bajo los cimicentos del régimen social sus fauáticos y abnegados defensores. Esta virtud tendrá. Ella hará la propaganda del hecho; la única capaz de sacudir bastantemente las inteligencias en modorra y las conciencias embotadas. Y

asombrarse y maldecir de la guerra y no ver, no querer ver que esa, y mucha más barbarie latente o silenciosa persiste y persiste en la paz, violencia triunfante. Y que esa barbarie menos aparatosa, pero más destructora y acerba, se sustenta y se cultiva por los sabios y por los poderosos rectores de los pueblos. Ellos, con el poder soberano del hombre sobre la naturaleza, sólo han sabido hacer en lo social reproducciones de imperios a la Romana, como Alemania y Rusia; monarquías y repúblicas a la cartaginesa, como Inglaterra, los Estados Unidos y la misma Francia. De esa misérrima realidad social es sustancia la guerra.

¿Queréis hacer algo más eficaz contra la guerra que la agitación y el vocerío sin idea directriz? Seguidla hasta sus raíces por donde se nutre y arrancadla y esterilizada la corrupción de que se alimenta.

La relación social, cimiento que se dice de la civilización y lo es sólo del régimen, es la que resultó, en las sociedades primitivas, de la guerra, la conquista y el reparto. La guerra deriva del reparto y de la continuidad histórica del reparto. La guerra y la conquista tienen repartida la tierra en solares nacionales. Y la guerra internacional es la revisión de ese reparto. Y la revisión se hace cuando se rompe el equilibrio inestable de las fuerzas que instituyeron y reforman el reparto. Y las naciones con poder de agredir lo hacen porque el aguijón las hiere siem-

tos, sus frutos y tesoros no basta, dentro del régimen y por el régimen, para satisfacer las necesidades de nutrición y crecimiento nacionales. Insuficiencia de nutrición es hambre. Así ocurre en las naciones en atonía como en aquellas que intensifican y coordinan con más inteligencia los esfuerzos productivos. Y se buscan en la expansión territorial, en las ventajas geográficas y en la debilitación o aniquilamiento de las naciones antagonistas, medios de vida y posibilidades del crecimiento de vida.

Poco enseñaría esta guerra si sólo mostrase el proceso que la engendra y no el que la elimina.

El trabajo, el poder humano sobre las sustancias y las fuerzas naturales que permite al hombre con el movimiento de un dedo desgajar una montaña, no basta para libertar a las muchedumbres humanas del acoso del hambre; porque su organización histórica del trabajo limita cruelísimamente su fecundidad y los efectos naturales de su fecundidad. Toda inteligencia independiente que estudie y comprenda cómo es y cómo va siendo la realidad social (claro está, dentro de nuestra visión humana) llegará a esta conclusión: los grandes dolores que fueron naturales efectos de la adversidad externa en nuestra vida ordinaria son hoy males sociales; porque, vencida la adversidad natural, persiste la adversidad social que ella creó. Son hoy males sociales. Su remedio es social. Y pudié-

mentar y perfeccionar la vida, habrá que eliminar el reparto. Con el desaparecerán sus consecuencias en las relaciones intra e internacionales. Desde abajo, desde arriba y por todos continuará la obra ya iniciada de nacionalizar y de internacionalizar el planeta y los esfuerzos humanos sobre el planeta.

La vida es destrucción y creación de formas. No es algo persistente e idéntico a sí mismo que varía en lo accesorio con persistencia de sus moldes. La vida es esencialmente la creación de esos moldes, la creación de esas formas.

La persistencia de la forma y del tipo funcional es la mitad de la biología, la mitad de la vida humana y la mitad del progreso; y la mitad de las ciencias de la educación, de la política y de todas las disciplinas que se proponen hacer del hombre el colaborador inteligente del orden natural.

La otra mitad de la biología, de la vida humana y de todo lo dicho es, dentro y fuera de nosotros, la creación de formas progresivas. Porque la persistencia de un tipo funcional progresivo es creación de formas progresivas. Lo permanente del hombre y del grupo humano, no herido de regresión, es el esfuerzo inconsciente o consciente por la conservación, acrecentamiento y perfección de vida. El efecto de su esfuerzo es la renovación de las normas.

¿Qué es la historia sino la destrucción

gún modo de vida y de relación con la naturaleza o entre los hombres.

Creadas están todas las condiciones internas o psicológicas y externas o sociales para que los hombres satisfagan sus necesidades por la asociación de sus esfuerzos sobre la naturaleza en la dirección del interés humano común, y no por la asociación de esfuerzos nacionales en dirección contradictoria. Falta sólo que la Humanidad conozca su alma y su obra y que barra los obstáculos al desenvolvimiento triunfante de su vida. La guerra actual es, en sí misma, una suprema inteligencia de esfuerzos de conservación y creación. El esfuerzo, el propósito y los efectos son lo permanente de la vida en la guerra. El método, lo destructor, sangriento y contradictorio del esfuerzo, es histórico; lo transitorio, lo que deriva necesariamente del régimen y con el régimen, se eliminará.

El régimen se derrumba. La barbarie es la que fracasa.

Y lo que está puesto a prueba es la capacidad humana (esto es, la de sus hombres inteligentes), para acomodarse idealmente a las nuevas formas que la vida crea; percibir el proceso del tránsito a esas formas; destruir los obstáculos al alumbramiento de la vida nueva. Que ella labrará y seguirá labrando sus normas en la historia; como los caudales crecientes de agua viva fraguan sus cauces buscando las líneas de menor resistencia, ensanchando sus orillas o desbor-

dándolas y arrollando los obstáculos.

Previamente, y para hacer boca, y por añadidura, algunas cosas más han fracasado, y son:

Una forma política, ya juzgada: el autocratismo o la manera personal del Gobierno.

Nosotros, los del oeste de Europa, España, Francia, Inglaterra... y las naciones hijas, saboreamos, en su tiempo, sus glorias: sufrimos horriblemente sus imperfecciones, y a costa de inteligencia, elevación cordial y sacrificios sangrientos, la vencimos. Aun sufre España por el odio a «lo nuevo» que el absolutismo inyectó en el espíritu nacional. Todo lo pidió a la guerra fuera y a la opresión dentro: nada a la inteligencia creadora y al trabajo. Alemania lo entregó todo a su institución imperial: el cuerpo, el alma, la sangre, y, lo más precioso, la libertad.

El imperio forzó a sus pueblos a hacer riqueza para hacer fuerza y conquistar con ella el mundo para su raza. El imperio y la guerra dieron a los pueblos alemanes cuanto el absolutismo ilustrado puede dar. Muchas cosas: pero entre otras no pudo dar medios de vida a los millones de alemanes que tienen que buscarlos fuera de su patria. Ni la pitanza diaria pudo asegurar a los crecimientos naturales de la población. Ni el régimen ni el despotismo pueden salvar a la mayoría de sus nacionales del hambre o de las amenazas del hambre. Bajo engañosas apariencias, por el hambre y la perspectiva del hambre, van imperios y repúblicas a la guerra, aunque la riqueza sea exorbitante y aun con inmensidades de territorio.

El mismo honor nacional está en el estómago o trasciende al estómago. Eso no es culpa del absolutismo. Lo es del automatismo económico. Para emancipar de él a su raza, la prometió el autócrata, como siempre, la conquista del mundo, el pillaje del mundo, la dominación del mundo. Particularismos de horda, de tribu, consabidismos del régimen, sean sus formas políticas autocráticas o democráticas. Y venció tres veces. Y sacrificó a su pueblo durante medio siglo preparando la cuarta victoria.

Irán aprendiendo los germanos que lo amargo está dentro de los frutos imperiales. Los esfuerzos de integración por la dominación universal están juzgados en la Historia.

Victoriosa o derrotada Alemania, su forma peculiar de absolutismo, el kaiserismo, habrá de fracasar. Fracaso lo creemos en el corazón de todo buen alemán.

También ha fracasado el cómodo pacifismo platónico burgués socialista u obrero aburguesado. El que se limita al bien deseado y a la gesticulación vociferante, sin impulsos a los sacrificios supremos por el porvenir, sin los cuales hay que sufrirlo, cuando, mal preparado, se convierte en presente de dolor y de vergüenza.

La idea muy general del fracaso del movimiento socialista obrero, sólo representa el fracaso de las ilusiones en quienes las tuvieron. Pero dice cuanto esperaba el mundo de esa organización.

Repítese que la organización no tenía fuerza. Ya lo hemos visto. Tampoco se propuso tenerla.

Si en la clase trabajadora no hay fuerza, ¿dónde está? ¿Si precisamente en la producción, en la guerra y en todas partes la fuerza social es la clase trabajadora? No faltaba ni faltó fuerza física.

Ha faltado fuerza moral. Contra el firme propósito de paz de la clase trabajadora de cada país, llevado al sacrificio, ningún poder de la tierra enzarzaría a la humanidad en el baile de sangre donde hoy se muere absurda y generosamente.

La clase trabajadora valdrá ante la conciencia universal, en proporción de la conciencia de su propio interés y de la disposición al sacrificio, por ese interés, que es, al mismo tiempo, el interés social.

El imperialismo, poniendo el perfeccionamiento del aparato guerrero sobre todo interés, y la posibilidad de hacerlo por la potencia económica de las naciones, han llevado bárbaramente a la guerra, y al lado de los pobres que, en la época moderna, defendían solos la producción mercantil, a todos los hombres útiles convirtiendo a la nación en horda guerrera a lo primitivo; y al matemático, que discutiendo una fórmula pudiera multiplicar la fecundidad del trabajo para más y mejor vida, en peón de campaña, en homicida y carne de cañón.

La forma social que oprime y despoja a los trabajadores es la misma que, por la insuficiencia del trabajo en el régimen, lleva a todos los hombres a la guerra.

Todos deben cerrar contra el régimen. Y los trabajadores por una doble razón: por sufrir la guerra como todos y no ser en la paz más que mercancía viviente.

Pero ellos son la fuerza. Y si esa fuerza adquiere la conciencia de sí misma y no habrá poder que la maneje como pura fuerza mecánica que rinde el resultado que se la pide.

No puede negarse que el interés social ha sufrido en esta guerra un eclipse. Sobre sus estragos debió brillar como una estrella que guiase a la humanidad, no a Belén, sino a los alcázares de su salvación.

También han fracasado las cabezas confías en la paz, como fruto de la civilización, dentro de las normas que la esclavizan y corrompen. Estas cabezas, orientadas como el movimiento históri-

co es y fué, pudiera decirse que llevan los cerebros al revés. Miren cómo la realidad social es y cómo va siendo, y percibirán cómo será, y se pondrán los cerebros a derechas.

A muchos intelectuales, ¿no les molesta esa inversión del cerebro, ya que la del sombrero nos advierte cuándo llevamos lo de adelante atrás?

Doctor JAIME VERA

1.º de mayo de 1915.

Sonaba el ciego...

Porque el Socialismo internacional no ha podido impedir la formidable guerra en que se ven envueltas las principales naciones de Europa; porque una parte de la Democracia Socialista Alemana no ha cumplido con su deber al provocar la guerra los imperialistas germanos, y porque se han expuesto diversos criterios por hombres del Socialismo, con motivo de la horrible contienda que presenciamos, ciertos elementos burgueses, entre los cuales figuran algunos intelectuales y otros que se dan ese nombre, han extendido la partida de defunción al Socialismo revolucionario.

Los que tal han hecho sinceramente, sueñan. Malos observadores, a las que son simples deficiencias las han dado caracteres de hechos graves, y, discutiendo torpemente, han creído fundamental lo que solamente accidental es.

¿Porque haya ocurrido todo lo que arriba decimos ha desaparecido la lucha de clases? ¿Dejan de existir la clase patronal y la clase asalariada? ¿No es necesaria ya, para que la explotación desaparezca, la unión internacional de todos los trabajadores? ¿No sigue siendo verdad, y verdad incontestable, por mucho que se diga contra ella, que la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos?

Pues si nada de esto ha desaparecido, y está admitido por millones de hombres, que con arreglo a ello desarrollan su acción, ¿dónde está la muerte del Socialismo? ¿Dónde su descomposición?

Tan sólo en la mente de los que eso dicen.

La actual guerra no puede eliminar la lucha de clases, lucha que llena las principales páginas de la Historia, que se efectúa a la vista de todos y que sólo puede extinguirse, dando la paz al mundo, el Socialismo.

La actual guerra no funde en una las dos clases sociales existentes, no barre los antagonismos sociales, no hace dueño a cada ser humano, mediante la socialización de los medios productivos, del fruto de su trabajo. Eso solamente lo hará el Socialismo.

La guerra actual no dejará de hacer necesaria la unión de todos los obreros. El grito de Marx y de Engels: «Trabajadores de todos los países, ¡uníos!», tendrá confirmación en el amplio sentido que ellos le dieron, porque a más de comprenderlo fácilmente los desheredados, les obliga a no desoirlo la propia evolución del régimen capitalista.

El mantenimiento de la independencia de los respectivos países no anula, no puede anular, esa unión, la cual, llevada a su mayor grado, será la firme garantía de dicha independencia.

Si deseamos la derrota del imperialismo germánico, si hoy luchan muchos socialistas contra ese imperialismo, lo hacemos pensando, no sólo en la independencia de su nación, sino en la de todas, a la vez que guiados por la idea de quebrantar o anular un elemento — el militarismo — que dificulta el progreso político de los pueblos y, por consiguiente, el desenvolvimiento del Socialismo.

La guerra actual no demuestra en modo alguno que sea quimérica la afirmación de Marx: «La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos».

Obreros intelectuales y obreros manuales vense hoy supeditados a la clase capitalista. Las condiciones que ha creado y va creando el régimen social imperante dan a la clase obrera la fuerza y la capacidad de que antes carecía, y con arreglo al grado de ambas cosas arranca mejoras a los explotadores; mejoras que irán en aumento, y que acreciendo la conciencia y el poder del proletariado, que a la vez serán vigorizados por los elementos que de sus propias filas elimina, arruinadas, la propia clase privilegiada, pondrá a aquél en situación de acabar con ésta como tal clase y de redimir económicamente a todos los seres humanos.

Los beneficios que disfruta hoy la clase trabajadora son de dos géneros: los que le proporciona, sin querer, la misma clase adinerada, y los que obtienen los trabajadores por los esfuerzos que ellos realizan. Lo mismo le ocurrirá en lo sucesivo. Y lo que acontece en la obra de su mejoramiento, sucederá en la obra de su emancipación. Si la clase explotadora facilita esa doble obra, lo hace no poniendo el pensamiento en favorecer a los trabajadores, sino teniendo en cuenta únicamente sus intereses.

Que en el campo de los obreros se asienten algunos hombres de posición burguesa no niega la afirmación de Marx. Lo hacen porque ven que en ese campo se defiende, además de la causa de los trabajadores, la de todos los hombres, ya que, al luchar los proletarios por su redención, luchan por la redención de todos.

La actual guerra, pues, no ha deshecho ni puesto en crisis los fundamentos del Socialismo internacional o revolucionario. Eso es un sueño de sus enemigos, del que despertarán muy disgustados a poco de terminar la guerra.

Lo que ésta ha hecho es evidenciar las

horribles hecatombes que engendra el régimen capitalista y la necesidad, para evitarlas, de que triunfe el Socialismo o, por lo menos, de que sean adoptadas las soluciones por él pedidas con frecuencia.

Pero serán aún mayores los efectos de la formidable guerra que tantas y tantas vidas ha costado ya y tantos miles de millones ha consumido: uno de ellos será despertar en todos los pueblos un odio feroz contra quienes en lo sucesivo intenten perturbar la paz; otro, consecuencia del anterior, reducir a la impotencia al militarismo.

No; no muere ahora el Socialismo revolucionario; los que van a morir o quedar casi sin vida son muchos elementos reaccionarios que alberga en su seno la casta explotadora.

Pablo IGLESIAS

El sacristán loco.

Largo, casi blanco, casi sin carne ya en los huesos, se pasea con paso de procesión por el jardín del manicomio.

Va con las manos como atadas a la espalda y los ojos clavados en las nubes, queriendo llorar y no pudiendo.

Parece chupado de brujas. Los médicos me dicen que la sangre se le ha vuelto agua de tanto pensar en las cosas de arriba, y que le queda ya muy poca «cuerda».

No me es desconocida su cara. O mucho me equivoco, o yo he jugado con éste a la pelota en el rebotillo de Begonia y he ido con él a «chorar» manzanas. Allá, de chicos. Sí, sí, él es.

—¿Dí, ¿no eres de Begonia?— le pregunto conmovido.

—No.

—¿Que no? ¿Pues de dónde eres?

—¿Yo? Del cielo.

—¿Cómo que del cielo?

—Del cielo, sí; ¿no lo sabías, Tomás?

Aquí estoy en esta tierra, no por ser de aquí, sino para pagar las culpas de otros.

—¿Las culpas de otros?

—Sí. Todas las que se han cometido desde Jesús acá. Verás lo que pasó. Jesús no quiso volver y Dios Padre me dijo: vete tú. Y aquí estoy, Tomás.

—Bien, Ruperto. ¿Y hasta cuándo por aquí?

—Hasta que me oru...

De pronto, el pobre amigo de mi infancia se dirige con faz angustiada a los demás locos, y en voz muy baja, para que no le oigan en el cielo, les dice:

—¡Por favor, por favor! Aunque no seáis curas ni seáis soldados, ¡crucificadme de una vez!

Tomás MEABE

Hechos y explicaciones.

En esta Agrupación de Alicante, cuando se publicaba *El Mundo Obrero*, había un afiliado, que por mucho tiempo militó en las filas republicanas, que siempre que escribía algún artículo para el periódico se metía con la aristocracia, revelando con tal proceder cómo, a pesar de su socialismo declarado, su aversión más viva no era contra el capitalismo, sino contra aquella clase, opuesta a las aspiraciones de la burguesía y del pueblo, que ésta asoció a su obra revolucionaria. Inútil llamar la atención del compañero, mostrándole cómo la aristocracia ya no juega ningún papel en la historia de los pueblos de régimen capitalista, pues si algunos aristócratas pesan en los negocios públicos, no es ya por virtud de su aristocracia, sino del capital con que actúan.

Tal hecho es representativo de una categoría inmensa de otros semejantes. Y ahora, con motivo de la guerra que asola y conturba las naciones, se dan en tal número, que ni los hongos tras día de lluvia. En nuestro propio campo podemos observarlos.

Hemos reconocido, y por tal declarado y propagado, que la clase burguesa al presente se adueña del Poder público, y que el Estado no otra cosa representa que el Comité gerente de dicha clase, y, sin embargo, ahora hay quienes acusan al kaiser, al rey de Inglaterra o al presidente de la vecina República, de ser los verdaderos causantes de la guerra.

Siempre dijimos que el ejército, el clero y la magistratura no eran sino los instrumentos y servidores del capitalismo, y, por tanto, precisaba no andarse por las ramas combatiéndoles como principales causantes de los males inferidos al proletariado, sino atacar al tronco, o sea al capitalismo, verdadero foco de donde se originan, y, no obstante, en el día salen de la boca y de la pluma de muchos graves inculpaciones contra el militarismo alemán o inglés. Monarquía y República significaban bien poco en nuestra ideología, pensando con acierto que la explotación de los trabajadores no dependía de tal o cual forma de gobierno, y aun tiempo hubo en que, viendo cómo en el Reichstag alemán se asentaban numerosos diputados socialistas y se legislaba en favor de la clase trabajadora (recuérdese la enorme reforma de los seguros obreros), en tanto en el Parlamento francés no tenía representación nuestro Partido y apenas se tanteaba una legislación favorable a los intereses proletarios, combatíamos aquello de la necesidad del *escalón* de la República para llegar a realizar la emancipación social y advenir el Socialismo, y hoy son incontables quienes defienden y exaltan a Francia, por ser el país de la libertad, y abominan de Alemania, como representante de la opresión.

¿Qué explicación pueden tener hechos tales, tan ilógicos o contradictorios? Una, relativamente sencilla.

De un lado, se habrá de reconocer cómo normalmente ni individuos ni colectividades viven tan sólo cual desean o piensan vivir, pues hábitos y recuerdos en el individuo—la tradición para los pueblos—se imponen en mayor o menor grado —y ahí está el mismo Programa que nos sirve de bandera de combate, en que se consigna más de una declaración como indefectible o necesaria deferencia o concesión al pasado—; y tanto más dicha tradición gravita y merma las ansias ideales y viene a modificar la realización de nuestras aspiraciones cuanto más inmaduro sea el ideal, cuanto menos haya encarnado por falta de reflexión. Por eso, de vez en vez, afloran en el campo de los sentimientos e ideas de todas aquellas capas, más o menos profundas, de nuestra mentalidad, que un día fueron también superficiales.

Si a ello se añade la vuelta o retorno a condiciones semejantes a las un día actuales sobre sociedades e individuos —tal cual la guerra actual—, se comprenderá cómo pueden suscitarse o despertarse afectos y pensamientos dormidos del pasado, los cuales aparecen en abierta contradicción y discordancia con la mentalidad adquirida, fruto de nuestro tiempo y de sus necesidades.

Y esa disparidad entre afectos e ideas, producto del presente y del pasado, habrá de ser tanto mayor cuanto más se deje sentir en pueblos e individuos la actuación de circunstancias retrógradas, y también según el punto en que se hallen unos y otros en el cultivo de su ideal.

José VERDES MONTENEGRO

SOCIALISMO

Todas las ciencias—dice el catedrático socialista Verdes Montenegro—tienen su origen en las necesidades humanas, las cuales, exigiendo ser satisfechas, mueven al hombre a escoger aquellos medios adecuados.

El Socialismo, que es la esencia pura de la ciencia social, de la ciencia que nos ofrece las experiencias de las sociedades pasadas y de la presente y que nos ofrece las soluciones adecuadas para todos los problemas que una organización deficiente nos plantea, no puede tener ni tiene otro origen que las exigencias de las necesidades humanas no satisfechas.

Cada consecución, cada logro de su esfuerzo, proporciona al hombre al mismo tiempo el conocimiento de las cosas, dice el mismo autor. Así, el progreso constante de la sociedad y el aumento progresivo de sus necesidades, han proporcionado al hombre el conocimiento de la estructura de la sociedad en que vive, y ha puesto de relieve ante sus ojos la necesidad de modificar esa estructura para dar completa satisfacción a las exigencias de la vida misma.

El blanqueo de una fachada, en nada modifica la estructura de un edificio. El estreno de un traje, en nada modifica la constitución física de un individuo. La siega de la mies, en nada altera la composición de la tierra que la produjo. La decoración externa de una máquina vieja, ni corrige sus defectos de funcionamiento, ni, por lo tanto, determina una perfecta producción. La experiencia ha enseñado también al hombre que los cambios de regímenes políticos, las reformas externas del régimen social, los parches con que suelen cubrirse las averías de esta vieja máquina, ni alteran ni modifican su funcionamiento, y esta experiencia le ha dado el conocimiento de que tan sólo cambiando radicalmente los fundamentos económicos del régimen, puede dar cumplida satisfacción a todas sus necesidades.

A este conocimiento le ha dado el nombre de Socialismo.

E. DE FRANCISCO

Tolosa, abril de 1915.

Robustecer las Agrupaciones Socialistas existentes y crearlas en los pueblos donde no las haya, es uno de los primeros deberes de los afiliados al Partido Socialista.

Ser socialista...

No es pagar las cuotas de la Agrupación, aunque sea puntualmente, ni hacer alarde de serlo en las tabernas, en las reuniones, en donde no hay compromiso, y luego proceder con absoluta negación de lo que el ideal socialista nos pide.

No chillar, no alardear de revolucionarios, de come-burgueses, de asusta niños, ni trinar contra los patronos, ni amenazar con quemarlo todo, con destruir media Humanidad; pero, en cambio, obrando siempre serenamente, mostrando entusiasmo por las ideas, aunque sea sin exceso, se puede ser buen socialista.

Con lo primero, habrá un número más en la lista de afiliados, en tanto se armen los bolsos a gusto del paga cuotas o vea que todo se haga como él crea que debe hacerse, midiendo el de los demás por su estrecho criterio.

Con lo segundo, habrá un afiliado y un socialista más, porque será disciplinado, que combatirá lo que opinen otros cuando deba hacerlo y luego acatará lo que se acuerde.

Digo, si no estoy equivocado, porque se ve cada cosa...

M. VIGIL MONTOTO

El decreto y la ley.

Convertir en ley el real decreto de 24 de agosto de 1913 relativo al trabajo de la industria textil.

El real decreto mencionado no debe ser ley, y hay que colocarlo en el archivo de las cosas inútiles en materia de sociología.

Al publicarse el real decreto no se tuvo en cuenta para nada la necesidad de mejorar las condiciones de trabajo de los obreros de la industria textil, poniendo un freno al mismo tiempo a la avaricia de los patronos de esa industria, sino que se publicó con miras, principalmente, a dar término a un movimiento huelguístico, que, si se prolongaba, podía coincidir con algún hecho de la guerra de Marruecos que, no siendo simpático a los elementos obreros, originase algún conflicto político que diera al traste con el Gobierno.

Este temor fué el móvil que llevó a éste a publicar una disposición maquiavélica, que, además de carecer de la fuerza moral y legal que le hubiera dado si proviniese del Poder legislativo, llevaba en sí la imposibilidad de su reglamentación y cumplimiento.

En su artículo 1.º dice: «La jornada máxima ordinaria de trabajo efectivo de los obreros de ambos sexos en la industria textil no podrá exceder de sesenta horas semanales, respetando los domingos y fiestas llamadas de precepto, o sea tres mil horas de TRABAJO AL AÑO.»

Este inciso: «O SEA TRES MIL HORAS DE TRABAJO AL AÑO» viene a echar abajo lo de la jornada de diez horas, pues si se tiene en cuenta que hay que respetar los domingos y fiestas llamadas de precepto y además hay que contar con que al año se pierden bastantes días por el festivo ridas y por falta de trabajo, y, sin embargo, han de ser «tres mil horas de trabajo al año», resulta que la jornada semanal tiene que ser superior a la de sesenta horas, por las muchas compensaciones necesarias a completar el cómputo de las tres mil horas.

Por eso, mejor que convertir en ley el real decreto, es necesaria una ley nueva que venga a anular los absurdos de aquél, dándole al mismo tiempo cierta flexibilidad para su mejor cumplimiento, pues no se puede perder de vista la clase de patronos que ha de oponerse.

La nueva ley ha de tener por base el establecer la jornada máxima ordinaria de diez horas al día, comprendidas entre las seis de la mañana y las ocho de la noche, sin indicar nada de horas semanales o anuales; el aumento de la remuneración del trabajo a destajo en la proporción que suponga la disminución de la jornada, y el reconocimiento del derecho de las Sociedades obreras para determinar, con los patronos, estas remuneraciones y todas las compensaciones de horas de trabajo que por cualquiera de los motivos indicados en la ley haya que hacer.

Hecho el proyecto, en el cual ya está trabajando el Instituto de Reformas Sociales, a los obreros todos, pero especialmente a los de la industria textil, corresponde hacer sobre el Gobierno toda la presión que la fuerza de su organización les permita, a fin de que sea pronto ley y después se cumpla, para lo cual deben desechar todo prejuicio e ir resueltos a emplear también la acción indirecta contra sus patronos, pues si no éstos contarán impidiendo sea un hecho reformista tan importante.

Francisco L. CABALLERO

Menos ruido... y más organización.

Yo no sé si estas líneas «levantarán ampollas». Lo sentiría, porque las escribo serenamente y con el propósito de no molestar a nadie. Vaya esta declaración por delante para salir al paso de posibles suspiros.

De algún tiempo acá se nota en el Partido—hablaré en general, para evitar las consabidas suspicacias—una inquietud que a veces adopta formas reprobables. Si de orden espiritual fuese solamente, se exteriorizaría sin mordacidades ni alusiones injustas, yo la aplaudiría. La aplaudiría porque sería una inquietud estimulante y fortalecedora. Opino que es de necesidad desarrollar—acaso esta viera mejor dicho «formar»—el sentido crítico mediante discusiones de prensa, pero también opino que esas discusiones para que sean fecundas, han de tener por base el estudio razonado y sereno de cuestiones doctrinales, políticas y de táctica, no una deleznable base de juergas retóricas con vistas a la murmuración o al ataque personal. Esta planta nunca la hemos cultivado los que ya somos viejos en el Partido. Pareció como que ha sido importada de otros campos y por espíritus formados en otros ambientes.

Y a lo que iba. ¿No sería mejor aplicar esa energía nerviosa, con tanta esplendidez prodigada, a la organización obrera y socialista, acrecentándola y consolidándola con nuestra actuación personal entre las masas, nuestros discursos y nuestros escritos?

Porque observo, mis queridos correligionarios, que desdeñamos esta labor que no da brillo ni «cartel», y, en cambio, nos entregamos con demasado ardor a combatir fantasmas y entretenernos con los tontos con el sonajero de inquietudes que no me atrevo a calificar de inconfesables.

Isidoro ACEVEDO.

Oviedo, 26 abril 1915.

Por los obreros agrícolas.

Extensión de los beneficios de la ley de Accidentes del trabajo a los obreros agrícolas.

Reclamase hoy, entre las diversas peticiones que al Estado se hacen, la inclusión de los obreros del campo en los beneficios que concede la ley de Accidentes del Trabajo. Justas son todas las peticiones, pero a buen seguro que nadie dudaría en calificar de entre las más perentorias y urgentes a ésta de que vamos a ocuparnos.

España es esencialmente una nación agrícola. Son millones los niños, las mujeres y los hombres que de la agricultura viven, y siendo nuestro Partido un factor con el cual es preciso contar para la gobernación del Estado, pues su influencia es bien notoria, nos conviene mucho tener planteado políticamente nuestro Programa agrario.

Dos organismos centrales hay que pueden abarcar el movimiento obrero agrícola: el Partido y la Unión. Donde la conciencia de clase de nuestros compañeros sea robusta, en las localidades en las cuales la orientación socialista se haya consolidado, al Partido deben venir las Sociedades de campesinos; por el contrario, donde la mayoría de los agricultores trabajen a jornal, haya desorientación ideológica y sean propiamente obreros expuestos a las contingencias de las huelgas más o menos generales, su propia conveniencia les llevará a engrosar las filas de la Unión General.

Bien a pesar nuestro hacemos esta división; para nosotros, siendo socialistas, se es sociario, de los más ardientes y de los más perfectos; es la realidad la que nos dice que a algunas organizaciones, por la posibilidad de necesitar de auxilios económicos en sus luchas con la burguesía, les interesa grandemente el pertenecer a la Unión General. No obstante, un hecho hay que no se podrá negar por nadie. En España el problema del campo es un problema político. El primer obstáculo que encuentran los obreros agrícolas, al pretender organizarse, es el cura, el juez, el alcalde, y, sobre todos ellos, el cacique, figurilla odiosa simbolizada en cada pueblo en el más desalmado, es el más perverso de los hombres.

Siendo esta la realidad, se equivocarán plenamente los que no afronten el problema del campo desde el punto de vista político, como se equivocan los partidarios de la acción directa queriendo resolver la crisis de los obreros de la tierra por sus procedimientos, doblemente inadmisibles ante la subdivisión de la propiedad agrícola y la educación profundamente religiosa del obrero campesino.

Primer punto de la campaña a realizar en pro de nuestros hermanos del terreno ha de ser, pues, el conseguir incorporar al Derecho social vigente, sin limitaciones, sin trabas, en iguales circunstancias que las obtenidas por los propietarios de la industria. ¿Puede admitirse que sea indemnizado el obrero que en una fábrica, en una mina, en un taller cualquiera se accidenta, y no lo sea, en cambio, quien tenga igual desgracia realizando alguna de las operaciones agrícolas, forestales o pecuarias? La injusticia de esta medida es bien notoria.

No faltan agentes interesados, para los cuales sería una ruina el hacer extensiva la ley a los obreros del campo. El Consejo Provincial de Agricultura y Ganadería de Toledo, según expresión del jefe de Fomento, afirma «que los accidentes se duplicarían de una manera alarmante», de aceptar la reforma que solicitamos. Es bien despreciable la opinión de quienes llegan a suponer habrá trabajadores que por percibir miserables indemnizaciones serían capaces de producir lesiones por propia voluntad.

El Instituto de Reformas Sociales, últimamente, realizó una investigación acerca de las condiciones de trabajo de los campesinos. De los datos recogidos por este organismo resulta que ganan, término medio por año, menos de dos pesetas diarias los obreros del campo de las provincias de León, Palencia, Zamora, Valladolid, Segovia, Soría, Cáceres, Guadalajara, Teruel, Castellón, Canarias, Valencia, Alicante, Murcia, Cuenca, Almería, Granada, Jaén, Málaga, Cádiz, Córdoba, Ciudad Real, Toledo y Badajoz. Sólo en Barcelona, Gerona, Navarra, Alava, Guipúzcoa, Vizcaya y Oviendo, es decir, provincias costeras y en su mayoría con vida propia por la prosperidad de la industria en ellas desarrollada, los salarios llegan, de 2,50 a 2,80 pesetas, término medio anual.

Las mujeres ganan menos de una peseta por día, según datos oficiales también, en Coruña, Zamora, Avila, Cáceres, Badajoz, Málaga, Córdoba, Ciudad Real, Toledo, Cuenca, Castellón, Valencia, Murcia, Granada y Jaén. Sólo en Burgos ganan 1,57 y en Alava 2,04 pesetas. En los demás sitios no llegan a percibir por día arriba de 1,50, siendo el término medio 1,25. Estos mismos datos, algo más agravados, son aplicables a los niños dedicados a la agricultura.

Para unos obreros explotados tan cruelmente como éstos es para quienes se pide hoy la reforma de la ley de Accidentes. En Alemania, Inglaterra, Suiza, Nueva Zelanda, Queensland, Dinamarca y Luxemburgo rige plenamente la ley de Accidentes para los obreros del campo. Con restricciones es aplicada en Bélgica, Francia, Italia y Austria. La ley española de 30 de enero de 1900 incluye sólo a las fincas agrícolas y forestales donde se hace uso de algún motor que accione por medio de una fuerza distinta a la del

hombre, y en estos trabajos «la responsabilidad del patrono existirá sólo respecto al personal expuesto al peligro de las máquinas».

Es ahora el Instituto de Reformas Sociales quien ha elaborado un proyecto de ley. ¿Perfecto? Nadie hable de perfección en un régimen de intereses económicos encontrados; nuestro deber es, como hermanos mayores de los obreros campesinos, conseguir hacerles incorporarse al movimiento obrero nacional, creando ellos mismos la fuerza que después haga cumplir la ley a los patronos.

En interés nuestro, además, está el arrancar a los campesinos de las garras de la ignorancia, arrebatándoles a los caciques, a los políticos de profesión, a los capitalistas y a la reacción, el principal factor gracias al cual medran hoy todavía...

Andrés SABORIT

26 abril 1915.

El Código minero.

Dar a los trabajadores de las minas el Código inminentemente pedido por ellos.

Entre las peticiones que el proletariado español elevará en el día de hoy a los Poderes públicos, se encuentra el proyecto de ley del Código minero, que durante cuatro años nos han venido ofreciendo a los mineros los diferentes Gobiernos que se han sucedido, que ha ya tres años se encuentra en el Senado, dictaminado por la Comisión respectiva, y que allí quedará estancado por la influencia de los explotadores de las minas y sus defensores asalariados, si la clase trabajadora, y en particular los obreros mineros, no adoptamos otros procedimientos más eficaces que lleven el convencimiento a nuestros gobernantes de que ya les es imposible sostener esa situación equitativa, que para ellos consiste en satisfacer los deseos de los poderosos e ir engañando a la clase trabajadora.

¿Protestas, peticiones, lamentos? Deben terminar. Porque cuando éstas se repiten con mucha frecuencia por una misma causa y no son atendidas por aquellos a quienes van dirigidas, la consecuencia lógica que de ello se desprende es nuestra impotencia, y cuando, por otra parte, también en los momentos de intenso dolor para nosotros, el Gobierno nos escarnea y nos engaña, nuestro silencio denota una cobardía, abandonando la defensa de lo más sagrado que tenemos, que es nuestra dignidad y nuestra vida.

Escarnio con los obreros mineros lo ha hecho el Gobierno en los actos realizados a consecuencia de la catástrofe de Balmes, imponiendo cruces y haciendo héroes a aquellos que, si no los verdaderos causantes, al menos son los que sobre ellos pesa una grave responsabilidad de aquella terrible tragedia. Y engañó a los mineros asturianos, ofreciéndoles en todas las etapas parlamentarias la aprobación del Código minero, y ofreciéndoles también, para averiguar las causas de las catástrofes de «Mariana», «Fondón» y «María Luisa», una inspección especial, a la que acompañaría una delegación obrera, la cual aún no se ha realizado.

Se abrirá nuevamente el Parlamento español, y para cuando ese día llegue, los mineros españoles debían de estar preparados con objeto de impedir con su actitud que se cerrara sin que el proyecto de ley del Código minero fuera aprobado.

Nunca como entonces será tan justo un movimiento huelguístico por nuestra parte; ni nunca tampoco y con mayor motivo pudieran colorearse de vergüenza las mejillas de nuestros gobernantes.

Manuel LLANEZA, Secretario general del Sindicato Minero Asturiano.

Las ideas y los hombres.

Muy justificadamente en este movimiento renovador de ideas y de instituciones que entraña el Socialismo, moderno evangelio de los pueblos, se ha operado una saludable reacción contra el personalismo, inmundo pulpo que agarró todos los movimientos, todas las manifestaciones de la actividad colectiva en la sociedad presente.

Es en verdad asqueroso eso de ver cómo la institución A, el Centro B, la Sociedad H no son sino hechura de sus directores—muy generalmente uno solo—, quienes, bajo apariencias de respeto a sus representados o sin cuidarse siquiera de ello, se sirven del organismo por ellos regentado como pudieran servirse de un útil de su exclusiva propiedad. Y es aún más asqueroso la conformidad servil de los comparsas de esta comedia polichinesca con su miserable papel, en ocasiones análogo al de las ranas de la fábula pidiendo rey.

Los mismos partidos políticos, ¿qué son sino órganos de una voluntad, de varias voluntades a lo sumo, pero en los que una de ellas suele ejercer omnímodo predominio caciquil? Decimos mal: a veces, como ocurre en el campo dinástico, hay zurecidas o hilvanadas muchas voluntades, pero todas ellas, bien truhanescamente orientadas, son ceros a la derecha de una unidad, el jefe, para pensar y obrar mientras su conveniencia particular está conforme con ello, pero muestran con hipócrita soberbia su derecho a la personalidad y aun se rebelan en cuanto no está bien amparada toda su ambición al calor del jefe o cacique.

¿La democracia, la libertad de voz y voto, la igualdad de derechos de cada miembro en los partidos populares? Sí, sí. Acercáos a ellos, presenciad sus reuniones, y ya veréis en qué escasa proporción se observa allí todo eso; si se mira algo más que las fórmulas del ritual democrático, y como el jefe es casi siempre el Partido, y la disciplina suele confundirse con el respeto a sus decisiones personales, la muerte o la defecación del mismo trae consigo el desmoronamiento del organismo en cuestión.

Por esto, y porque la propia esencia del Socialismo llama a todos los productores a participar por igual en el esfuerzo y en el beneficio solidarios, una organización verdaderamente democrática ha sido la base de los Partidos Socialistas, que, sin ella, perderían su razón de ser. Y he aquí que ello ha traído un nuevo peligro por el lado opuesto: el de conceder demasiado escaso valimiento a los hombres en su actuación personal.

No es fantástico, no, dicho riesgo. Imaginaciones vírgenes, cerebros sin roturar, inclinanse fácilmente los proletarios a lo absoluto, no discerniendo de modalidades en el concepto de las ideas. Como chico con zapatos nuevos, el trabajador de cortos alcances se envanece con la idealidad de su derecho al de los demás, dentro de la colectividad obrera, y orgulloso de él, lo prodiga sin tasa, lo profusa con empeño y no quiere ver sino una sola medida para todos los valores personales, y no admite otra superioridad que la de la idea reverenciada a guisa de fetiche. Tal se nos muestra una buena parte al menos de la masa obrera, y de tal suerte es moldeado por su precario intelecto el sentido de las cosas, mientras la experiencia, en mayor grado que las enseñanzas orales o escritas, no despierta en esos cerebros la reflexión y el buen juicio.

Y, después, queda aún entre nosotros, como levadura quizá de esta primera comprensión de las cosas, un cierto menosprecio de la obra personal, una cierta tendencia a considerar que los principios valen mucho y los hombres, poco para no apreciar en su actuación otra cosa, a lo sumo, que el cumplimiento del deber.

¿Que los hombres valen poco? Pero es que sin ellos se podría realizar obra alguna humana? Pues entonces, ¿cómo no ha de haber diferencia entre que sean buenos o malos? ¿Cómo no ha de haber ventaja en que obren con acierto y sean sinceros y honrados, y desventaja en que carezcan de estas cualidades, y cómo no estimularlos y apreciarlos? Más aún: si los sentimientos afectivos nacen, no espontáneamente, sino por el agrado y la simpatía que en nosotros despierten los actos de los demás, ¿cómo no distinguiremos con nuestra estimación a aquellos que más voluntarios e inteligentes pongan al servicio de la causa proletaria?

Siempre, siempre, por mucho que se generalice la siembra del bien y del saber, habrá quienes se destaquen por ser mejores y más inteligentes; y mal, muy mal, haremos si no cultivamos, hasta por egoísmo bien entendido, este tesoro de sobresalientes prendas personales, recogiendo el fruto de ellas en forma de consejo y guía, sin descender, naturalmente, a la adulación o al rebajamiento de nuestra personalidad y de nuestro derecho.

Es de bien nacidos agradecer el beneficio que se nos presta, y nos parece que revela hasta sequedad de alma esa premeditación con que algunos quieren esconder el elogio, que brota súbito e impensado, reservándose para ultratumba con un temor, verdaderamente pueril, de perder de otro modo en el nivel de la propia autonomía individual o de engendrar vanidosos encumbramientos. Mientras no falten arrestos para mantener la disciplina colectiva, ¿qué valor pueden revestir tales temores?

Es ese recelo infantil, es esa rudimentaria y torpe propensión de que hemos hablado, a medir por un rasero igual y uniforme todos los valores personales en el juego de la acción colectiva obrera, lo que suelen explotar con alguna eficacia los discursos, los envidiosos, que no pueden faltar en toda agrupación humana, para disparar los dardos de sus groseras malquerencias e innobres rebeldías contra quienes, por sobresalir legítimamente, son un estorbo a sus ambiciosas intrigas.

¡Los hombres! Por grande que sea la virtualidad de las ideas—y lo es tanto que sin ella de nada serviría, por falta de contenido, la actuación de aquéllas—, ¿cómo los echamos de menos con frecuencia? ¡Si aquí hubiera hombres!... decimos muchas veces. ¡Si fueran otros los que allí actuaran!... observamos otras. Y lo expresamos viendo cómo se debe a estas circunstancias, si no del todo, principalmente, el poco arraigo de nuestros principios en un punto o el retroceso parcial de la obra socialista en otro.

Toda función social, como toda función física, requiere órganos apropiados para efectuarse, y en el mecanismo de la acción socialista podrá ser, y es, lo primero la doctrina, la idea, pero su órgano, el hombre, va inmediatamente después de ella, por no decir juntamente con ella. A tal extremo, que unidos, adquieren un alto precio en relación de la especial naturaleza de cada uno, y separados, la una es una abstracción, un ensueño poético a lo sumo, y el otro, una fuerza vegetativa en la vida social.

Javier PERDEL

La fe socialista debe dar bríos a cuantos la tengan para trabajar sin descanso por el desarrollo del Partido, y, consiguientemente, por dar conciencia de sus intereses a los proletarios.

1915

Este 1.º de mayo de 1915 tiene para nosotros una significación que hace un año ni podíamos sospechar. La solidaridad de los trabajadores frente al capitalismo sin distinción de nacionalidades ni patrias, que el 1.º de mayo significa sobre todo, ha sido olvidada, desconocida cuando han tronado los cañones, y sentimientos que creíamos si no extinguidos, cuando menos amortiguados, han vuelto a poseer a los hombres con furia inesperada.

La propaganda de tantos años no ha podido acabar con la brutal y rencorosa bestia ancestral que juzgábamos aletargada, y cuando hemos visto el siniestro resplandor de la contienda fratricida, hemos experimentado una decepción dolorosa y amarga; los hombres no han aprendido aún la lección de humanitarismo y de piedad que informa la religión cristiana, y que nuestras continuadas prácticas democráticas y sociales habían pretendido inculcarles.

El largo período de paz entre las diez o doce naciones, flor de la civilización de nuestro tiempo, había alentado nuestra esperanza y había puesto en nuestro espíritu un exceso de optimismo. Confábamos demasiado en nuestras enseñanzas pacifistas y en nuestras continuas invocaciones al amor y a la fraternidad entre los hombres. Ante los constantes y generosos esfuerzos de la ciencia por prolongar la vida, por embellecerla, por evitar el dolor y la miseria; ante la lucha de clases planteada cada día de un modo más claro y preciso; y que derivaba las pugnas de los hombres a un cauce más racional y fecundo, considerábamos la guerra internacional como un fantasma que aparecía cada vez más lejos de nosotros.

Hemos pecado de inocentes y de cándidos. No hemos admitido toda la fuerza de los elementos contrarios, del enemigo que contra nosotros laboraba. Ufanados de nuestro constante crecimiento y de nuestros indudables triunfos, no echábamos de ver la transcendencia del pugilato de los armamentos de las naciones, que mantenía una polarización bélica cada vez más angustiosa: la perdurabilidad del sentimiento patriótico; las oscuras maquinaciones de la diplomacia; el extraordinario poder de los hombres que dirigen las naciones; la insaciable sed de lucro del capitalismo...

¿Nuestro fracaso? No; no hay tal. Fracaso de la organización social que permite estas crisis sangrientas. Nuestra influencia sobre los Gobiernos era—bien se ha visto—aún muy pequeña, y a nosotros de la presente hecatombe no nos cabe alguna responsabilidad. Pero ciego ha de ser quien no vea que la terrible conmoción a todos nos alcanza y que ella ha de significar para nosotros un alto en la marcha, una revisión de valores en nuestra doctrina, en nuestra acción y en nuestra propaganda.

Juan MORÁN

El 1.º de mayo y la guerra.

(Desde la cárcel de Santander, uno de los socialistas presos por los sucesos de Penagos, el compañero Mateo Valverde, nos envía el artículo que sigue, y que publicamos como una simpática nota en este número. Purgando delitos que no han cometido, en el triste calvario de la cárcel, aquellos socialistas, honrados y enteros, lejos de sentir desalentados y desmayos, piensan del modo robusto y fraternal que este artículo expresa. Saludemos hoy a aquellos mártires de nuestra causa.)

Al llegar este año la fiesta del trabajo, esa grandiosa fecha que los obreros dedican a la propaganda de sus ideales de paz y fraternidad entre todos los hombres que pueblan la tierra, ¡qué contraste ofrece a nuestra vista este año de 1915! Les va a sorprender, a los unos, con las armas en la mano, matando a sus hermanos de diferente nación; a los otros, fabricando petrechos de guerra para destruir a la Humanidad entera.

El gran ejército de la paz, el proletariado mundial, en la ocasión presente, a pesar de su grandeza, ha sido débil, ha tenido escasas fuerzas para poder contener la gran avalancha de odio y orgullo de los dominadores del mundo, que los unos por el deseo de dominación, y los otros por la avaricia de sus intereses comerciales, han lanzado sus pueblos repletivos a que se destruyan por su avaricia y orgullo.

A ellos no les horroriza el estallido de la metralla, porque se hallan a respetable distancia de donde estallan las granadas; no les conmueven los cuadros de desolación que ofrecen tantas y tan hermosas ciudades destruidas por los efectos de la guerra; unas, grandes centros industriales, y sus productos eran exportados a todas las partes del mundo; otras, centros del saber humano, donde todos los hombres ávidos de Ciencia bebían en sus Universidades; hoy en el estado de ruinas que todos tenemos que lamentar.

Ni les enternece el corazón los cuadros de miseria y de dolor que ofrecen tantos padres sin hijos, y tantos hijos sin padre, y tantas esposas sin marido, y tantas familias sin hogar, pues el orgullo les ciega todo sentimiento del corazón. Esperemos que la presente guerra sirva de lección provechosa a los pueblos; y,

sobre todo, a la clase obrera, que es la más perjudicada, apresurándose a fortalecer su Partido Socialista internacional, que tremolando al viento, a través de las fronteras, sus rojas banderas, símbolo de paz, amor y trabajo, sirva de freno a los dominadores del mundo y de salvaguardia a los pueblos, hasta llegar a la completa emancipación de los mismos.

Mateo VALVERDE

Santander, abril de 1915.

Hacer por que EL SOCIALISTA viva y prospere es uno de vuestros primeros deberes.

Propaganda eficaz

No basta para ser un buen socialista estar afiliado al Partido, asistir a las reuniones, conferencias y demás manifestaciones, pagar la cuota... es mucho más eficaz, predicando con el ejemplo, demostrar que los socialistas son, en todos los terrenos, los primeros ciudadanos de la Nación, y que en cualquier Centro social administrado por socialistas o en el cual abundan nuestros compañeros, sus engranajes marchan con perfecta regularidad, y que no sólo en el terreno moral, sino en el científico y en el administrativo, la eficacia socialista alcanza mayor grado de perfección, hasta el punto de que cuando se vea marchar un Centro cualquiera, con mejores resultados que otros similares se diga: Ese Centro está regido por socialistas.

Todo el mundo recuerda la campaña de moralidad y buena administración que iniciaron los socialistas en el Ayuntamiento de Madrid; ha sido y es un gran triunfo para nuestro Partido, y los ediles socialistas dieron y siguen dando un gran ejemplo de ciudadanía, digno de tener más imitadores.

Es menester difundir por todo el país esa acción moralizadora, y que en todo lugar donde ejerzan su acción los socialistas se hallen en vigor todas las virtudes cívicas, no sólo en los nuestros, sino obligando éstos a que todos sigan su ejemplo por la persuasión y todos los medios que tengan a su alcance, y que en el taller, en la oficina y en la vía pública refrenen los abusos y corrijan el desorden.

Hay en España infinidad de abusos que tienen carta de naturaleza en su administración; hay centenares de Centros administrativos basados en la inmoralidad y corrupción; pues bien, poco a poco los socialistas deben tratar de remediar en la medida que les permitan sus fuerzas todos estos defectos, y contribuyendo a mejorar y sanear la administración del Estado, tendrán inmediatamente a su favor la opinión pública que protesta débilmente sin tener valor para imponerse, pero que no podría menos de adherirse a los reformadores, y de esta suerte conseguiríamos los Municipios y demás Centros administrativos.

Los ferroviarios podrían hacer en este sentido una provechosa campaña, y teniendo, como es seguro, al público de su parte, contribuyendo a mejorar los servicios, no sólo atraerían las simpatías de los profanos, sino que contribuirían a fomentar el número de nuestros adeptos.

La mejor, la más segura forma de propaganda, consiste en atraerse las simpatías públicas, cumpliendo los deberes que el Partido y la conciencia imponen a todo buen socialista, organizándose, no sólo para la lucha de oposición, sino para una lucha constante, exigiendo que revista una forma fecunda y creadora.

En donde quiera que haya un socialista es menester que resplandezca su acción reformista, y el que no esté preparado a ello no debe descorazonarse, porque estas condiciones son de las que se adquieren con una voluntad firme de conseguirlas.

Es una educación de la voluntad, indispensable para que se afirme con eficacia lo que se espera de nuestro Partido, y como no son socialistas todos los que trabajan, es menester que, dirigiendo su acción a mejorar todo lo que de ellos depende, nuestro Partido imprima, por medio de sus afiliados, su carácter en la marcha de los acontecimientos, y aumentando de esa suerte las filas socialistas, venga en poco tiempo a transformar completamente la vida de la nación.

En este sentido no debemos encontrar obstáculos insuperables, porque el Socialismo significa más que el triunfo de un partido sobre otro, significa la renovación de toda la sociedad, y como su acción es eminentemente altruista, su influencia ha de sentirse en el bienestar que procure a todos los ciudadanos.

No se olvide que ya hace algunos años el líder del Partido Socialista holandés declinó la misión de formar Gobierno cuando la reina Guillermina le ofreció el Poder, e indudablemente hay que reconocer que la parte endeble de nuestro Partido consiste en una falta de organización para desempeñar ciertas misiones, pues los gobernantes no se improvisan, requiriéndose muchos años para formar verdaderos hombres de gobierno, pero aunque España no es Holanda, y ciertas cosas marchan aquí más lentamente, el Partido Socialista debe organizarse como si hubiera de alcanzar mañana el Poder, y no crean los que no profesan nuestras ideas que estas son visiones ilustrosas; las colectividades tienen, como los individuos, su psicología, y el solo hecho de tener el Partido tan organizado para la oposición como para el Gobierno, contribuiría a darle mayor cohesión y a engendrar nuevas aptitudes con el solo hecho de vislumbrar mayores responsabilidades.

Enrique LLURIA

Cuando sepa usted reir...

Desde la hora aciaga en que el editor valenciano Sr. Sempere publicara las obras del ilustre alienado de Weimar, las grandes capitales y los inocentes villorrios inundaron de Zaratustras adulterados. Antes existía una relativa paz en las calles. Mas ahora en cada esquina nos aguarda un sujeto con la mala intención de proclamar el superhombre. En las conversaciones se deslizan locuciones prestadas y los gestos epilépticos abundan como puntos. Los hombres que así discurren me infunden más angustias que una sombra, más recelos que un puñal homicida.

Ayer me visitó un joven filósofo que tiene la cabeza convertida en una biblioteca difícil de catalogar. Me habló de tantas cosas viejas y nuevas, y todas ellas diferentes, que me avergoncé de mi profunda ignorancia. Nada habría sido el clubasco filosófico si, al finalizar, el visitante no se hubiera apiadado protectoramente de mi silencio.

—Es usted, al parecer, un hombre triste— me dijo—. La tristeza es una enfermedad muy grave, que conduce fatalmente al renunciamento de la vida. Para el hombre triste, el sol no alumbraba, las mujeres no aman, las flores no seducen. ¿Es usted, por ventura, un contemplativo de cosas inmatrimoniales?...

—¡...!

—¿Sueña usted con otros soles, con otras mujeres, con otras flores distintas a las que hoy vemos y gozamos? ¿Siente usted la nostalgia de lo desconocido? Si le ocurre algo de esto, es usted un hombre triste y debe reaccionar cuanto antes... Zaratustra descendió de la montaña y anunció el superhombre. Y dijo que el hombre es un puente tendido entre el mono y el superhombre. Reaccionemos, pues. El hombre es algo que debe ser mejorado. Yo proclamo la vida intensa, la santificación de la risa, del sarcasmo, de la danza. Yo no podría creer más que en un dios que supiese bailar. Abandone esa tristeza de cipréses acogido. Cuando sepa usted reir será, fuera de toda duda, un hombre digno de tocar la flauta pánica...

El joven filósofo se marchó; y acto seguido formulé votos para que en el camino encontrara un puente tendido entre el superhombre y el mono.

No hay nada más despreciable para mí que un mono; siendo el mono la caricatura del hombre, el hombre suele ser a su vez la caricatura del mono. Nietzsche tiene una página en la historia de la filosofía; pero los que invocan su nombre y se adornan con sus ideas son unos degenerados, sin apelación. Conocemos el árbol, observemos los frutos; *Deutschland über alles!*, este es el criminal resultado; lo que nos ha traído Zaratustra descendiendo de la montaña, aunque el propio Nietzsche se retorciera de asco si supiera que los alemanes pretenden alejarse del mono para llegar al superhombre.

¿Cuando sepa usted reir... Algunos ingenuos creen que se aprende a reir con la misma facilidad con que se aprende a hablar, a comer, a patinar. Un hombre alegre, el genio alegre personificado en el sevillano por dos autores de comedias ligeras, podrá hacer reir por un cuarto de hora a cualquier hombre triste, así como éste último logrará compungir al primero durante menos tiempo. Mas estos dos estados serán artificiales y transitorios.

Mi tristeza actual la explico cuando medito en la caravana de tonos y de seres neutros que se «sienten» superiores por el sólo hecho de haber descubierto en ellos mismos una risa de circo arrabalerero. Únicamente para ellos, y en forma cierta, va dirigida la flecha de Paul Adam cuando dice: «Reir es innoble. Reímos ante Polichinela que apeala al comisario; reímos ante una víctima; reímos cada vez que el malo engaña al bueno. Reir es propio de los malvados...»

¿Cuando sepa usted reir...? ¿Lo quiere así el joven filósofo? Aprender a reir, de tal modo que nada de lo que exista en la creación arrugue las frentes, entristezca los ojos, enmudezca los labios. Saber reir las alegrías y los dolores, desvirtuar el valle de lágrimas. Reir sonoramente de lo más noble y de lo más grotesco. ¡Cuidado de que esa risa no degenera en carajada! ¡Pobre y miserable el que habiendo reído de su vida incierta, sea incapaz de reir ante su propia muerte!...

Ricardo SAENZ HAYES

Los esclavos del mostrador.

Reducción de la jornada de trabajo a los obreros de la dependencia mercantil.

Una de las reclamaciones que la clase obrera organizada hará este año, con motivo de la manifestación del 1.º de mayo, será la reducción de la jornada de trabajo a los obreros de la dependencia mercantil.

Dos procedimientos pueden emplearse por el proletariado para mejorar las condiciones de trabajo, sobre todo tratándose de la que se refiere a la reducción de la jornada. Uno, la huelga, es decir, la lucha directa con los patronos. Otro, la reclamación constante, y cada vez más intensa, a los Poderes públicos para la obtención de leyes protectoras del trabajo. En realidad se emplean los dos a la vez; pero los resultados son muy distintos, según se siga uno u otro procedimiento.

La huelga es el procedimiento más fácil para conducir a la lucha a las entidades obreras, insuficientemente organiza-

das, y, por consiguiente, poco reflexivas; pero sus resultados, aunque sean favorables, suelen ser, en la mayor parte de los casos, poco positivos, porque no estableciéndose una sanción para los que falten a los pactos acordados al terminar la lucha, si el vencido es el elemento patronal, al día siguiente de la derrota empieza a prepararse para la revancha, que con frecuencia suele darle buenos resultados, perdiendo de este modo los trabajadores las ventajas que obtuvieron con su victoria.

La obtención de una ley que regule la jornada máxima del trabajo en una industria, si bien es más difícil de conseguir, porque para esto se requiere mucha constancia, y esta cualidad, mejor dicho, esta virtud, sólo la poseen las Sociedades bien organizadas y con verdadera conciencia de clase, en cambio los resultados son mucho más positivos. Establecida la ley, y contando con la fuerza y el tesón de la clase obrera para que se cumpla, tiene que ser forzosamente respetada por todos, so pena de sufrir la sanción inherente a su incumplimiento. Además, que conseguida la mejora en una industria cualquiera, no quedan reducidos sus beneficios a un solo taller o fábrica ni a una sola localidad, sino que se hacen extensivos a todas las industrias de igual clase establecidas en la nación.

No sucede así con las ventajas obtenidas por medio de la huelga, que sólo obligan al patrono o patronos que acceden a las demandas, y que siempre lo hacen con reservas mentales y con el propósito de faltar a ellas.

La dependencia mercantil ha empleado los dos procedimientos, y los dos con resultado. Ha hecho uso del procedimiento de la huelga con resultado variado; pero en la reclamación a los Poderes públicos para la obtención de leyes beneficiosas a su clase ha puesto tal empeño, que ha logrado por dos veces hacer verdadera presión sobre el Gobierno.

Todos recordarán sus campañas, célebres por lo ruidosas, en demanda del descanso semanal, campañas que fueron uno de los factores que más influyeron en el Gobierno para la publicación de la ley del Descanso en domingo.

La acción de la dependencia mercantil para la implantación del descanso en domingo y del cumplimiento de la ley que le regula, no le impidió pensar en la reducción de la jornada de trabajo que tan penosa, por lo extensa e intensa, pesa sobre esta categoría de trabajadores.

Inició esta campaña en diciembre de 1911 la dependencia mercantil de Barcelona, apoyada por las Asociaciones de igual clase de Lérida, Calatayud, Logroño, Castellón, Palma, Ronda, Valladolid, Málaga y Zaragoza, en instancias dirigidas al presidente del Instituto de Reformas Sociales, pidiendo que este Centro tomase la iniciativa de someter al Gobierno un proyecto de ley limitando a diez horas la jornada de trabajo de la dependencia mercantil, sin perjuicio de lo que, al tiempo de promulgarse la ley, disfrutasen de un régimen más favorable.

Apoyaban esta petición diciendo que los individuos de referencia trabajaban diariamente un promedio de diez y seis a diez y ocho horas, lo que, como régimen continuo, determinaba la imposibilidad de proporcionarse el mínimo de descanso reparador de las energías gastadas en el trabajo, así como la de procurar a su espíritu la cultura, que es a la vez exigencia social, de la categoría a que los peticionarios pertenecían, y de su profesión, si ésta ha de desempeñarse en los términos requeridos por el estado presente de desarrollo del comercio. Añadiendo, además, que en otros países se había establecido ya una jornada máxima inferior a la que ellos solicitaban.

En igual sentido se dirigieron al Gobierno exposiciones con los acuerdos tomados en reuniones celebradas por las Asociaciones de dependientes de comercio de Albacete, Cádiz, Gijón, Logroño, Lugo, Oviedo, Palma, Sevilla, Vigo y Zaragoza.

El resultado de todas estas peticiones, apoyadas por toda la dependencia mercantil de España, fué el «Proyecto de ley regulando la jornada de trabajo de las personas empleadas en los establecimientos mercantiles», aprobado por el pleno del Instituto de Reformas Sociales en 18 de enero de 1913, y presentado a las Cortes por el actual ministro de la Gobernación en 12 de junio de 1914.

Según este proyecto de ley, las personas que gozarán de sus beneficios serán: 1.º Los dependientes de comercio propiamente dichos; es decir, las personas de ambos sexos encargadas en tiendas, almacenes y demás establecimientos similares, de vender al por mayor o al por menor, o de auxiliar a la venta dentro del mismo establecimiento.

2.º Los mozos de almacenes, tiendas, despacho u oficina, carga, limpieza, criados, conserjes, recadistas, repartidores, y, en general, todas las personas que desempeñen trabajos manuales relacionados directamente con un establecimiento mercantil; y

3.º Los aprendices y meritorios de cualquiera de los conceptos mencionados en los números anteriores, sin perjuicio de lo dispuesto en el artículo adicional, en el cual se dice que sigue en vigor la ley de mujeres y niños.

Se establece un descanso continuo de once horas, por lo menos, en los días del lunes al sábado de cada semana, para la dependencia mercantil, para lo cual los establecimientos en que presta sus servicios se cerrarán a las ocho de la noche y se abrirán a las siete de la mañana siguiente. Durante la jornada de trabajo se concederá a las personas a que se re-

fiera la ley un descanso de dos horas para comer. Las once horas restantes será el máximo de la jornada, que podrá ser acortada por pactos futuros, respetando los que estén ya establecidos.

Se exceptúa de abrir y cerrar a las horas indicadas, a algunos establecimientos que, en cierto modo, afectan al carácter de servicios públicos, como farmacias, empresas de servicios funebres, cafés, fondas, hoteles, carnicerías, pescaderías, casas de baños, estancos, Cajas de Ahorros y otras que se mencionan en la ley. Estas excepciones se extenderán, sin perjuicio del derecho de las personas empleadas en los establecimientos exceptuados, a los descansos establecidos en la ley, a cuyo efecto se distribuirá la jornada convenientemente.

No regirán las horas de cierre y de jornada establecidas en la ley respecto a toda clase de establecimientos:

1.º Cuando se trate de trabajos eventuales, perentorios, por perjuicio inminente, inventario o balance, instalación o traslado del establecimiento u otros semejantes.

2.º Durante un período máximo de treinta días al año, sin que en ningún caso puedan utilizarse más de seis días seguidos.

La determinación de este período de tiempo corresponderá a la Junta local de Reformas Sociales, y, en su defecto, al alcalde.

El cumplimiento de la ley estará a cargo de la Inspección del Trabajo del Instituto de Reformas Sociales.

Se establecen sanciones para el incumplimiento de la ley, y ésta empezará a regir a los tres meses de su promulgación.

Este es, a grandes rasgos, el proyecto de ley presentado a las Cortes y que, por esta circunstancia, tiene estado parlamentario. De haber seguido abierto el Parlamento quizá estaría ya aprobado.

A los esfuerzos de la dependencia mercantil, ayudada por las demás organizaciones de la clase obrera asociada, se deben estos resultados. Resultados infinitamente superiores a los del mayor triunfo alcanzado por la huelga mejor organizada, porque los beneficios de este triunfo sólo alcanzarían a los dependientes de un solo patrono o a los de varios patronos de una sola localidad, y, en cambio, los de la aplicación de la ley alcanzarán a la dependencia de toda España.

Francisco MORA

1915-1916

El proletariado alemán no celebra este año el 1.º de mayo.

Es la primera vez, desde 1889, que no se unirá en este día al proletariado de los demás países para reclamar sus reivindicaciones.

Las causas no son precisamente las mismas que impiden tomar parte en la fiesta al proletariado belga.

Los directores de la organización obrera alemana lo han acordado así. Pero, ¿es hubiera sido permitida la celebración? De permitirselo, ¿qué hubieran reclamado este año? Probablemente no les hubiera sido permitido, y en otro caso, probablemente los proletarios alemanes no supieran todavía hoy qué habrían de reclamar.

Hacen ahora examen de conciencia. Y es probable también que para 1916 sepan ya cuáles han de ser sus reclamaciones y las formulen de grado o por fuerza.

Juan RELINQUE

Lo de Marruecos.

Terminación de la guerra de Marruecos.

Los socialistas españoles pedimos, y la mayor parte de los ciudadanos desean, que termine cuanto antes lo de Marruecos. Aquello se empezó contra la voluntad nacional, contra los intereses de España, aunque, naturalmente, digan lo contrario los defensores del famoso y fantástico protectorado.

Van a cumplirse seis años desde que Maura—no se olvide que fué Maura—inauguró la tragedia marroquí.

Unos partidarios de la entrada en aquel país se apoyan en un argumento; otros se apoyan en otro argumento. Nosotros, en cambio, desde hace también seis años, venimos repitiendo una misma cosa: que la campaña de Marruecos, en vez de ser beneficiosa para nuestra nación, es una sangría que producirá su agotamiento, en provecho nada más de unos cuantos que podemos calificar de malos españoles.

Seis años de experiencia nos dicen lo siguiente: en la zona de influencia española no se siente semejante influencia; hace seis años se podía viajar por aquel territorio y ahora no; ni siquiera apartarse un kilómetro de Ceuta, por ejemplo. Y suponiendo que hubiera lo que no hay: tranquilidad, ¿qué ventajas obtendría España? Ni siquiera la colocación de obreros desocupados, pues allí se hace trabajar a los moros pagándoles jornales vergonzosos. Se lograría nada más el enriquecimiento de unos cuantos explotadores. Y para esto ¿vale la pena de sacrificar a la nación entera?

En esos seis años hemos visto que por hechos de guerra se han repartido más de 100.000 recompensas. Muchísimas de éstas representan gravámenes en el Presupuesto. Si no hubiera campaña en Marruecos España se ahorraría esas cargas.

En esos seis años, han perecido millares de jóvenes; otros tornaron a sus hogares

mutilados o enfermos. Si no hubiera campaña de Marruecos España se habría ahorrado ese despilfarró de vidas.

En esos seis años se han gastado más de mil millones de pesetas. Si no hubiera campaña de Marruecos ese inmenso montón de millones habría podido servir para salvar de la miseria a regiones enteras dentro de España misma.

En esos seis años se ha favorecido con otro montón de millones a varias Compañías navieras, encargadas de transportar tropas de acá para allá y viceversa y hacer servicios de correos que para casa quisieramos.

En resumen: durante esos seis años no ha cesado de derramar España sobre la estéril zona marroquí un chorro de oro y otro de sangre joven.

Hay quien hizo buenos negocios; hay quien fué generosamente recompensado. En cambio, el pueblo español ha sufrido el encarecimiento de la subsistencia, ha tenido que vestir luto por millares de hijos y no ve en el porvenir más que negruras espantosas.

¿Cómo podréis, políticos profesionales, villanos servidores de negociantes y de ambiciosos imperialistas, sanguijuelas del Presupuesto, cómo podréis hacer creer al pueblo que es bueno lo que causa su desesperación?

No ya el 1.º de mayo, durante el año entero, debe la clase trabajadora protestar contra la guerra de Marruecos; y hasta ir pensando en una acción más enérgica que la ejercida hasta hoy, ya que las cuadrillas de gobernantes que durante esos seis años han venido sucediéndose, parece que se han acostumbrado a las voces, es decir, a las protestas, y les basta soltar una docena de palabras huecas para continuar tirando millones y enviando víctimas al matadero.

No espere el pueblo que quienes le sacrifican en todos sentidos dejen de hacerlo por filantropía. Los parásitos no sueltan su presa si no se les separa de ella con buenas razones.

J. A. MELIÁ

Nota de color.

Va a desfilar por la misma rúa que hace algunos días cruzaron las nuevas legiones de guerreros una manifestación de obreros, una pacífica manifestación de trabajadores.

El pueblo que vió desde las aceras los hombres uniformados; los cañones pulidos y brillantes; todo el guerrero atalaje de los ejércitos modernos, ocupa hoy la calzada y pasa a su vez tranquilo y lento acompañando su marcha con la música grave de unos himnos solemnes.

El rítmico desfile de los soldados fué glosado aquí con una frase fría: que, cuando se lleva una convicción en el alma, de poco vale el alarido de los clarines, el épico sonar de las trompetas, las músicas frías de unas bandas chillonas y al flamar más o menos glorioso de unas banderas de colores vivos; para elogiar el paso de los obreros que hoy hacen alto en sus tareas, para expresar su fe en el hombre, que no puede ser un ente de crueldad y de fiera, todo lirismo me parece poco, pequeña toda exaltación, pálidas todas las imágenes.

Comparad esto con aquello, que ha tenido los más admirables elogios de los más estupendos poetas. A aquella bandera, símbolo de ideales nacionales limitados por un río o por una montaña, se le han dedicado los más vibrantes versos, cantos magníficos de magníficos vates de otra edad; a esto, que es la aspiración a la paz; a ese trapo rojo, que es como la expresión de unos corazones esperanzados que proclaman sublimes y abnegados, por cima de las más altas cumbres y por sobre los mares más dilatados, el sentimiento de solidaridad humana, que debe llenarlo todo, ¡incendiándolo todo, triunfar de todo, hasta de esta mezquina idea de las patrias, ¡qué maravilloso himno han de trenzar los nuevos bardos cantores de este luchar por la justicia!

Aquí no van sólo los jóvenes; viejos que no conocerán el cambio esperado, mujeres que, iluminadas por una sana intuición, saben que esto es bueno; niños que empiezan a comprender cómo han de pelear por la verdad y hombres llenos de vigor, plenos de fuerza, que llevan en los ojos la luz de los que creen en sí mismos, pasan cantando con el aire de la Marsellesa, que es el refrán de la libertad, unos versos que hablan de romper los fusiles, de borrar las fronteras, de establecer entre los hombres la paz anhelada.

Los otros, los guerreros, se arrodillaban a los acordes de una marcha de familia, que hasta si queréis será un himno nacional; estos esclavos, los ilotas, se descubren y alzan la testa ennoblecida al escuchar los cantos gloriosos que hablan de la justicia social, de la igualdad, del derecho que tiene toda la familia humana a vivir la verdadera vida.

Por estas calles pasó lo viejo, lo caduco, lo que si todavía se mueve es por la velocidad adquirida en siglos de barbarie y de horror; lo que hoy pasa es la esperanza, es la fe en lo porvenir.

Lo que pasa es el pueblo, sin uniformes brillantes, vestido con la blusa del albañil, con la chaqueta del menestral, con la levita del ingeniero y del catedrático; pero esa blusa blanca sólo se tinte con la sangre del que la lleva, que interrumpe su labor constructiva y creadora para caer y estrellarse entre la indiferencia de los profesionales del honor y del heroísmo.

Con la sangre de otros hombres sólo deben mancharse los trajes llenos de prestigio histórico, rutilantes y espléndidos, que visten los que saben derribar chozas y ca-

tedrales; los que las alzan son admirables en su esfuerzo y divinos en su sacrificio humilde. No llevan oro al pecho porque tienen dentro un corazón que irradia bondad.

Y el 1.º de mayo es eso: la Fiesta del Trabajo fecundo, la glorificación del esfuerzo anónimo, la esperanza en un Mundo nuevo.

Los poetas que ven religiosidad en lo que por obligación van a guerrear, niegan idealidad a estas masas que saben que no verán la transformación imaginada y sufren persecución y se sacrifican, porque si no ellos, otros, los que sean, puedan vivir en sociedades más racionales y justas.

Pero está escrito: todos los precursores son perseguidos y ridiculizados; por eso os digo a vosotros, hombres de recias ansias, que albergáis recios ideales salvadores: ¡Salud, que el porvenir es vuestro!

César R. GONZALEZ

SEREMOS CONTUMACES

Amnistía para todos los condenados o procesados por delitos políticos y sociales.

Desde hace algunos años viene incluyéndose entre las reclamaciones que con carácter accidental se elevan a los Poderes públicos con ocasión del 1.º de mayo, la relativa a la concesión de una amplia amnistía para toda clase de los llamados delitos políticos y sociales, es decir, los cometidos en campañas de mítines o protestas, y, como consecuencia, de huelgas o cuestiones de trabajo, y que es sabido afectan casi exclusivamente a la clase obrera.

Esa reclamación, a lo que parece, va perdiendo su carácter de accidental para convertirse en permanente: tal es la lentitud con que los gobernantes proceden en atenderla, o, volviendo la oración, la repugnancia que muestran a abrir la mano a la justicia en ese asunto.

Sucedense unos a otros, liberales y conservadores, en el disfrute del presupuesto, y si bien con ocasión de fechas o acontecimientos calificados de faustos, se abre el grifo de la clemencia para delincuentes vulgares, y aun para reos de muerte—porque no hay valor para borrar del Código tan afrentosa pena—, en cambio; para los delitos de carácter social o político se usa el cuentagotas y con excesiva parsimonia.

Así ha podido darse el caso, por no citar sino uno típico, de ser condenado a nueve años de prisión un dibujante por el delito de publicar una caricatura, y de purgar en la cárcel más de cuatro como expiación de su tremendo crimen, no llegando a extinguir la condena total por haberse levantado una cruzada de protesta en toda España en favor del delincente. Y gracias que aquella vez los gritos llegaron al cielo!

¿Quién ha olvidado las persecuciones que dieron lugar los sucesos de Barcelona de 1909, el largo exilio padecido por miles de desgraciadas víctimas de las iras gubernamentales desatadas en aquella época, y el impropio trabajo que costó conseguir la repatriación de todas ellas?

¿No está ahí el caso de Benagalbón preguntando las ruindades de nuestra política, que antepone las exigencias del caudismo a los fueros de la justicia y trata cual feroces criminales a quienes en un rapto de furor, motivado por inflames provocaciones, se hicieron intérpretes de la cólera de todo un pueblo?

Para nosotros los socialistas está clara la explicación de este fenómeno. Los gobernantes burgueses se muestran reacios a condonar las penas de carácter social, porque en su concepto equivale a prestar aliento a la indisciplina de los descontentos; a fomentar las huestes del Socialismo, y, por tanto, a aumentar la intranquilidad de la clase burguesa. Cosa que ocurre con los delincuentes vulgares, cuyas fechorías no ponen en peligro el orden social, y cuyo perdón no quebranta ningún privilegio.

Mas con amnistía o sin ella, la clase de heredada continuará su labor de protesta contra el régimen capitalista, sin cura de los inevitables tropiezos que los enemigos han de ponerle en su camino, hasta que pueda realizar la anhelada transformación.

A. ATIENZA

¡Proletario! No frecuentes la taberna. En ella pierdes la salud, adquieres malos hábitos estás, expuesto a convertirte en criminal, y gastas, además, lo que en tu casa es indispensable para sagradas atenciones.

Un recuerdo.

Dentro de unos días ha de celebrarse el Tribunal Supremo de Guerra y Marina la vista de la causa seguida a los procesados como responsables de los sucesos de Benagalbón.

Conocidos son los sentimientos y deseos del proletariado. Recientemente los Comités del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores se acercaron al jefe del Gobierno una vez más para presarle el anhelo de la clase obrera española, de que, en justicia, si el fallo del Supremo es confirmatorio en todo o parte de la sentencia del Consejo de Guerra, se prive de la vida a nadie.

Esto quieren los obreros españoles como obra de reparación y justicia. Y esto deben recordar todos en nuestra fiesta del 1.º de mayo...